

COMISIÓN INTERNACIONAL



ESTUDIO: RECONCILIADOS PARA UNA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS

Nota

Un aporte de *Comisión Internacional* como muestra del Programa de Formación Andrés.

Extracto del *Programa de Formación Andrés* diseñado en alianza con el *Instituto de Formación Integral Hagios*.

Autor Unidad I: Mg. Abihail Lara



www.ci-americas-com
www.hagios.com.ve

RECONCILIADOS PARA UNA RELACIÓN PERSONAL CON DIOS

*Reconocer que el fundamento de la vida
cristiana es el privilegio de haber sido
reconciliados para una relación personal
con Dios*



Síntesis

El cristiano que desea ser un instrumento eficiente para guiar a otros a un encuentro con el Señor Jesucristo debe poseer una relación personal e íntima con Dios. Dios desea este tipo de relación con los suyos, no solo que estos sean servidores autómatas. Para lograr una espiritualidad más plena, es necesario conocer el fundamento bíblico que nos muestra la gravedad del pecado, así podremos valorar el don de la redención en Jesucristo y cultivar una vida espiritual plena vinculados al Dios Trino. El punto central es que hemos sido reconciliados para relacionarnos personalmente con él. En este encuentro consideraremos el por qué, el cómo y el para qué gozamos de un nuevo vínculo con Dios.

1. El por qué: Una antigua condición

La Biblia habla, tanto de nuestra necesidad de ser reconciliados con Dios, como de la obra reconciliadora de Jesucristo a nuestro favor (2Cor. 5:18-20). La razón de este énfasis es la ruptura de la relación del hombre para con Dios a causa de su desobediencia consiente. Por esto, el hombre está separado de su Creador (Gén. 3). Este distanciamiento es debido a lo que la Biblia señala como pecado. El rey David reconoció en su mal proceder tres características para describir los rasgos del pecado (Sal. 51:1-2). Según lo que él expresó, pecado, básicamente es: (a) Una transgresión que es rebeldía desafiante e intencional en contra de Dios (*Rebeliones*). (b) Un acto de iniquidad que es igual a torcer con acciones erradas los principios eternos de Dios (*Maldad*). Finalmente, (c) Un fallo del hombre en cuanto al cumplimiento de los estándares morales de Dios (*Pecado*). Lo que Génesis 3 nos muestra es la caída de la humanidad en pecado a causa de la desobediencia de Adán y Eva, y lo que el rey David experimentó, en consecuencia, fue una profunda conciencia de su culpa.

A partir de ambos escenarios entendemos las implicaciones lamentables de estar enemistados con Dios.

Además, la acción de Adán y Eva descrita en Génesis y la vivencia de David nos dan un claro fundamento para la comprensión del pecado y la condición humana enajenada. Esta acción contraría a Dios le ha ocasionado al hombre una caída espiritual que afecta en cuatro aspectos elementales: (1) Principalmente afectó la armonía con su Creador (Rom. 3:23). Además, (2) afectó su conciencia de sí mismo (Gén. 3:10; Rom. 7:24), (3) afecta la relación con sus semejantes (Gén. 3:12; Gál. 5:19-21) y, finalmente, (4) afecta la relación con la creación (Gén. 3:18-19; Rom. 8:19-22). Se ha llamado esta perspectiva, teológicamente hablando, una *cuádruple alienación* (Francis Shaeffer en Howard Snyder, 2014, p. 36).

Estos cuatro aspectos afectados por el pecado son una consecuencia de lo que Pablo ha llamado *muerte espiritual* (Rom. 6:23). Es decir, no hay vitalidad en una persona que vive sin la gracia de Dios. Esto es evidenciado en las acciones de los hombres a lo largo de la historia. John W. Stott comenta: *La historia de los últimos siglos ha convencido a muchos de que el problema del mal radica en la persona misma, no meramente en su sociedad* (2007, p. 96). Sabemos que tales consecuencias siguen estando vigentes en nuestro tiempo, pues, desde todos los continentes se intercambia información de los males que sufren las naciones. Por esto y más, no hay duda que el pecado es la causa de los principales males individuales y colectivos que podemos observar a nuestro alrededor.

Es posible recurrir a otra forma para comprender gráficamente la condición del hombre. Los autores inspirados han usado el lenguaje pastoril como metáfora para ilustrar la vida del hombre lejos de Dios. Estos se refieren a la condición del hombre como oveja descarriada (Isa. 53:6). Jesús mismo aplicó esta forma de entender al hombre y narra el evangelio que él sintió compasión de las multitudes por estar en condición de desorientación y despropósito, cual ovejas sin pastor (Mat. 9:36). La obra salvadora también halla su expresión en esta metáfora, pues, es ante este escenario lamentable en el que el hombre se encuentra, que Jesús intercede para buscarle, salvarle y recuperar todo lo que el pecado había afectado. Acción ilustrada con la actitud del pastor que busca diligentemente a la oveja que ha perdido su rumbo y su lugar seguro en el rebaño (Luc. 19:10; Col. 1:19-20). Finalmente, afirma la Biblia que, gracias a esta obra redentora, dicha condición ya es parte del pasado de los hemos puesto nuestra fe en Jesús y hemos decidido seguirle fielmente como el Pastor y Obispo de nuestras almas (1Ped. 2:25).

2. El cómo: Una obra redentora

El propósito divino no consiste en dejar al hombre en su condición de extravío. Más bien, el plan de Dios se ha enfocado en restaurar todas las relaciones afectadas por el pecado mediante la redención en Jesucristo. Un texto fundamental para comprender las implicaciones de la obra redentora a nivel integral es Colosenses 1:19-20, el cual afirma: *Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz* (Col. 1:19-20, NVI). Fundamentalmente, restaurar la relación del humano con Dios mismo, como paso previo para la participación activa del hombre en el resto de la obra reconciliadora (Consigno mismo, con el prójimo y con la creación). De ahí que resulta importante afianzar nuestra comprensión acerca de cómo fue posible esta obra mediadora y redentora.

Tal obra de redención fue posible porque Dios tomó la iniciativa para liberarnos del pecado. Jesús se hizo sumiso a la voluntad del Padre para cargar en sí el pecado del hombre (Juan 3:16; 1Juan 4:14). Desde su mismo nacimiento había quedado claro que su misión era salvar a la humanidad de este terrible mal; así estaba establecido (Mat. 1:21). Él es el cumplimiento de las promesas dadas a Israel y el punto de apertura para que la salvación de Dios se extendiese a toda la humanidad (Isa. 53; Zac. 8:3-5, 7-8; 13:1). Finalmente, en su entrega nuestra redención fue alcanzada (Tit. 2:14). Su entrega expió nuestra culpa y su resurrección selló el triunfo sobre la muerte, garantizando así la veracidad del cumplimiento de la promesa de nuestra resurrección (1Cor. 15: 53-56).

Mediante la fe en Jesús, el redentor, constatamos que ahora podemos disfrutar de la paz con Dios (Col. 1:20). Gracias a esta obra reconciliadora ejecutada por Jesucristo, nosotros tenemos una vida abundante (Juan 10:10). Gozamos de una nueva condición espiritual ante Dios y en ese sentido, nuestro privilegio es relacionarnos libremente con él. Gracias al sacrificio de Jesús y al encuentro con él, somos nuevas personas, ajenas a la vida de pecado que llevábamos y comprometidas con las cosas nuevas que Dios está obrando en nosotros (2 Cor. 5:17) y a través de nosotros para establecer su Reino en la tierra como en el cielo (Mat. 6:10).

3. El para qué: Una relación con el Dios Trino

Hemos recordado la antigua condición pecaminosa de la cual se nos ha liberado. Además, reconsideramos cómo Dios obró para ello mediante la acción redentora de Jesucristo. Ahora, es preciso pensar acerca del para qué fuimos reconciliados con Dios. Lo primero que debemos resaltar es la intención de Dios de que nos relacionemos plena e íntimamente con

él. No podemos relacionarnos significativamente con otros, sin saber cómo relacionarnos con nuestro Dios, de ahí la importancia de saber cómo es la relación espiritual con él.

Una relación personal con Dios implica su presencia a plenitud en nuestras vidas. El Dios de las Escrituras existe y se ha revelado plenamente en las tres divinas personas. Creemos, como afirma, el Dr. John Shorack, que: *Adoramos a un Dios que en su misma esencia es un ser relacional: Padre, Hijo, Espíritu Santo. Dios es uno, y a la vez, en el misterio que él es, hay una pluralidad dentro de su ser, para que su amor se exprese* (2012, p. 107). Consecuentemente, establece una forma real y plena de manifestarse en la vida de los creyentes de esa misma manera. Es lo que hemos llamado una relación personal e íntima con el Dios Trino.



Nuestra relación debe de ser personal, plena e íntima con Dios. Para que sea verdaderamente personal y plena, debe corresponderse con la pluralidad de personas en la Deidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Para que sea íntima, debe corresponderse con la unidad en esencia que él es, nuestro Único y Eterno Dios (1Tim. 1:17). Aunque podamos distinguir la acción del Dios Trino mediante cada una de sus personas en la vida del cristiano, hay que dar por sentado que esta es una acción indivisible, como él mismo lo es. La Biblia nos muestra esta relación, por lo que es necesario que sea una convicción firme para todos.

3.1. Nuestra relación con Dios Padre

Una vez hemos confesado a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador y que hemos reconocido su obra redentora a nuestro favor, el Padre nos acepta, ahora, en una nueva condición ante él. Reconciliados con Dios, somos hechos sus hijos (Juan 1:19). Él nos adopta por su inmenso amor (Rom. 8:15). Aún más, el Padre había hecho planes con antelación para intencionalmente hacernos parte de su familia. Efesios 1:3-5 nos indica:

Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en las regiones celestiales con toda bendición espiritual en Cristo. Dios nos escogió en él antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó *para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo*, según el buen propósito de su voluntad, para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado (Efe. 1:3-6, NVI)

Desde el principio el Padre ha pensado en hacernos hijos suyos, a tal punto que envió al Hijo Eterno para realizar una obra eficaz y suficiente para brindarnos tan honroso privilegio (Juan 3:16-17). Este era el “buen propósito de su voluntad” y él ha obrado consecuentemente para lograrlo.

Ser hijos de Dios es posible porque hemos recibido el Espíritu que nos sella al momento de creer para que así sea. Ahora podemos libremente relacionarnos con el Padre. Podemos confiar en las palabras inspiradas de Pablo: *Ustedes ya son hijos. Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: "¡Abba! ¡Padre!"* (Gál. 4:6, NVI). En esta nueva relación, él espera nuestra obediencia a tal punto, que, en su amor, si es necesario se encarga personalmente de corregirnos a través de las circunstancias (Prov. 3:11-12; Heb. 12:4-11). ¡Qué gran privilegio ser hijos de Dios! ¡Hermosa bendición la de ser parte de una gran familia con tantos hermanos!

3.2. Nuestra relación con Dios Hijo

Jesucristo merece nuestra adoración y nuestra obediencia, porque él es el Señor. Esta adoración y sujeción plena a él, trae al mismo tiempo al Padre la gloria que merece. La gloria del Padre es proclamada cuando Jesús es reconocido y confesado como Señor entre todas las naciones (Flp. 2:9-11). Puesto que, la intención del Padre, además de hacernos sus hijos, es que honremos a su Hijo Eterno (Juan 5:22-23).

En un sentido más personal, Jesús es nuestro ejemplo a seguir en todos los aspectos de nuestra propia existencia. Esta fue la meta suprema en la vida de Pablo y su invitación para todos los creyentes (1Cor. 11:1). Es que Jesucristo es el campeón en la carrera de la fidelidad y a él debemos mirar para no perder el ánimo ante las adversidades inminentes de la vida presente (Heb. 12:1-2).

Además, gracias a su obra, en este mundo ya no somos ovejas perdidas y sin sentido. Más bien, Jesucristo es el buen pastor que cuida de nuestras vidas integralmente y vela por cada uno de nosotros (1Ped. 2:25). Él es el Maestro y nosotros debemos corresponderle radicalmente como discípulos (Mat. 16:24). Finalmente, siendo sus representantes en este mundo, es nuestra responsabilidad invitar a otros a esta vida plena con Dios en nombre del Señor Jesucristo (2Cor. 5:20).

3.3. Nuestra relación el Dios Espíritu

El agente que ha obrado silenciosamente en nosotros para llevarnos a la fe en Jesús y, al mismo tiempo, ha hecho posible nuestra adopción como hijos de Dios es el Espíritu Santo (Juan 16:8-11; Gál. 4:6,). La razón es que la obra del Espíritu Santo es inseparable de la obra

de Dios el Padre y de la de Dios el Hijo (Arana, Escobar y Padilla, 2003, p. 117). Al nosotros ser incluidos como miembros de la iglesia del Señor, el Espíritu mora en nuestras vidas y las santifica (1Cor. 3:16; Efe. 2:22). Más aun, su presencia se hizo una realidad en nosotros al momento de creer en Jesús y aceptar su mensaje de buenas noticias. El Espíritu Santo presente en nosotros es la garantía de nuestra salvación eterna (Efe. 1:13-14).

El Espíritu que estuvo acompañando y respaldando el misterio de Jesús, es el mismo que acompaña a los creyentes en su servicio a Dios (Luc. 4:18-19). Asimismo, el Espíritu Santo nos capacita con habilidades sobrenaturales para ser útiles en la edificación de la iglesia del Señor. Con sus dones nos prepara para contribuir en la edificación del cuerpo de Cristo (1Cor. 12:11). Mientras que, al mismo tiempo, nos llena de su virtud para testificar a otros de las buenas nuevas de la salvación (Hch. 1: 8).



La esencia del plan de Dios al redimirnos es la reconciliación, la acción de volvernos a una relación plena e íntima con él. Sembrar armonía donde hubo rebelión, lo que implicó librarnos del pecado mediante la acción salvadora de Jesucristo. Ahora, todos los que hemos experimentado el perdón de Dios, podemos relacionarnos personal e íntimamente con él. Esta relación implica una comunión indivisible, pero distinguible con cada una de las personas divinas de la Trinidad. Siendo así, nuestro deber es cultivar esta relación con una adecuada vida espiritual.

Nuestra tarea es valorar cada día el privilegio de haber sido reconciliados con Dios y de poder gozar de un vínculo inquebrantable con él. Cuando tantas personas poseen vidas carentes de sentido, nosotros gozamos de una vida en abundancia, que debe fortalecerse cada vez más con la búsqueda una relación fructífera con Dios.



Para pensar

1. ¿Cuán importante es reconocer de dónde Dios nos ha librado como incentivo para ganar almas?
2. ¿Podemos guiar a otros a una relación plena con Dios sin comprender la acción del Dios Trino en nuestras vidas?

Para actuar

1. Mira en tu entorno diario el actuar de las personas y analiza: ¿Cómo se evidencia la condición y los efectos de pecado en las acciones del hombre?
2. Evalúa en qué áreas de tu vida debes mejorar para cultivar una mejor relación con Dios y piensa qué acciones tomarías para hacerlo.